

La utilidad del estudio de las lenguas clásicas

¿Conviene hacer de veras esta concesión al espíritu utilitario y mercantil de nuestra época hasta el extremo de buscar la razón del estudio de las lenguas clásicas en su utilidad? Pues bien, hay que hacerlo a regañadientes, aunque duela confesar ipso facto que no ha tenido razón Aristóteles al principiar su *Metafísica* con aquellas célebres palabras: “*Pántes anthroopoi tou eidenai orégontai fúsei*” (1). (Todos los humanos tienen implantado por la naturaleza el deseo del saber). Hoy en día lo que no es convertible en utilidad evidente, o, mejor todavía, en libras esterlinas, deja a la mayoría de los hombres muy indiferente; con más razón cuando para aprenderlo se necesita cierta aplicación y paciencia, como es el caso de las materias mencionadas. Por eso los que deseamos la difusión y vulgarización del latín y griego entre la gente culta, tenemos que buscarles su lado útil, quieras que no. Pero hagamoslo disimuladamente y con cierta reserva por vergüenza y para no cometer un verdadero delito de “*laesa majestas*” contra un Homero o Sófocles, un Virgilio u Horacio. La reserva es para aquel estudioso que va a fondo y no se contenta con un conocimiento superficial, sino que concluye con leer los autores clásicos como cualquier novela francesa. Para esta clase de humanistas el mundo antiguo les abre todos sus deslumbrantes tesoros de belleza y les recompensa mil veces las penas que han tenido para penetrar en él. Hablar de utilidad a semejante gente sería una verdadera profanación de sus estudios predilectos y casi un insulto para su idealismo. Claro está que no se negarían a utilizar sus conocimientos como profesores, pero consta por infinidad de ejemplos que el verdadero aficionado

(1) Dificultades de índole tipográfica nos han obligado a sustituir los caracteres griegos por latinos.—(N. de la R.)

a los clásicos no deja de manosearlos “nocturna diurna que manu”, aunque no le traigan utilidad ninguna, considerándose magníficamente remunerado con el deleite que le proporcionan. Tanto es así que conocemos casos de personas embargadas a tal extremo por su afición a las lecturas clásicas que descuidan en favor de ellas ocupaciones de mucha utilidad práctica. De ese pequeño núcleo de idealistas no hablaremos aquí. Tengo más bien en vista la gran comunidad de aquellos, a quienes hay que aplicar en cuestión de estudios humanísticos el “coge intrare” de los propagandistas cristianos, con otras palabras más vulgares, para quienes las declinaciones y conjugaciones latinas “con sangre entran”. A estos humanistas a empujones es necesario demostrarles por a más b por qué razón se les exige el gran sacrificio de su precioso tiempo y más precioso fósforo cerebral para hacerles penetrar en las profundidades del acusativo con infinitivo y del verbo deponente. Aquí es donde se debe hablar de utilidad, aunque sean los autores que tienen por delante un Virgilio u Horacio, Cicerón o Séneca. De seguro que cada vez que tropiezan con aquel “Quousque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?”, le ponen exactamente la misma pregunta también al muy prolífico escritor y orador, tan indignado por la audacia del jefe de los conjurados. Bueno, veamos si será posible convencerles de la utilidad del estudio del tan abominable Cicerón con sus frases interminables y tan difíciles de traducir para un latinista obligado a estudiar casi “manu militari”. Principiaré por demostrarles que el estudio de las lenguas clásicas contribuye en primer lugar a penetrar con la mayor facilidad en la *lógica del lenguaje humano* de las razas privilegiadas.

Tomemos un ejemplo. Juvenal ha dicho la hermosa frase: “Mollissima corda humano generi dare se natura fatetur, quae lacrimas dedit” (la naturaleza que le dió lágrimas confiesa dar al género humano los más tiernos corazones (sentimientos)). Bastan estas pocas palabras para nuestro objeto. Analicémoslas una por una. La primera es un adjetivo en grado superlativo. Se ve por eso que el idioma latino ha desarrollado sus recursos morfológicos para expresar con sólo una desinencia la graduación de los calificativos. Como esto está en la lógica del pensamiento, es evidente que aquel idioma se aproxima más al estado natural del lenguaje que dispone de medios grama-

ticales para expresar la graduación del modo más breve y más exacto. Lo mismo se puede decir del plural de “corda”, del dativo de “humano” y “generi”, del acusativo de “laximas”. El prefecto final del verbo “dare” es otro recurso práctico, cómodo y preciso para expresar en una sola palabra el número, la persona, el tiempo y el modo, completamente de acuerdo con el acto de pensar que no analiza todo eso en varias componentes, sino más bien lo sintetiza en un solo pensamiento. Si pasamos al fin a la sintaxis y miramos el acusativo con infinito representado en “fatetur se dare” descubrimos otra conformidad a la lógica del pensamiento. Es evidente que la idea de un verbo transitivo exige lógicamente como complemento un objeto en acusativo, sea en una sola palabra, sea en una frase entera, y esto último es lo que sucede en nuestro caso, haciendo el latín la expresión mucho más clara y transparente, de todos modos más lógica que por los recursos de las lenguas modernas.

Si con esta sola prueba ya es fácil demostrar que las lenguas clásicas tienen la ventaja de una construcción más lógica que las modernas, que sólo han conservado una parte de sus recursos, la segunda utilidad que se puede sacar de su estudio está también a la vista. Me refiero a la *exactitud en el pensar y decir*. Por la misma razón que el griego o latín exigen mucha atención para ser entendidos, el que los estudia se acostumbra fácil a esa puntualidad en la palabra, a esa “akribia” tan alabada en los escritos de los buenos filólogos. La absoluta constancia y estabilidad de la ortografía de esos idiomas acostumbra también a dar importancia a ese requisito en el idioma nacional y no abandonarse a una anarquía desenfundada cuyo perjuicio para la literatura y hasta para la simple correspondencia no necesita ser demostrado.

Hablando de ortografía hemos llegado a un punto importantísimo precisamente para los pueblos de habla española. De todos los latinos son estos los que más han descuidado el estudio del latín. Por eso también no hay pueblo latino que más faltas de ortografía comete que ellos, a pesar de ser las reglas ortográficas en los demás idiomas neolatinos infinitamente más difíciles que en el castellano. ¿Quién no conoce las confusiones de la b y la v, de la s y la c, etc.? ¿Quién no se ha divertido al leer repetidas veces en los más importantes dia-

rios o libros el ya clásico “expléndido” o “expontáneo”, o un “halla” en lugar de “haya”, “hechado” en lugar de “echado”, etcétera? Todo esto no sucedería, si fuera más difundido el estudio del latín, porque bastan completamente los conocimientos más elementales de éste, para ayudar la memoria en los casos más comunes de duda ortográfica. La prueba de eso la dan p. e. los alemanes, que han estudiado algo de latín (como es el caso con la mayoría de la gente culta de esa nación), y se ponen a aprender el castellano. Generalmente escriben a los pocos meses el nuevo idioma ortográficamente mejor que la inmensa mayoría de los que lo hablan desde su infancia. ¿No os parece vergonzoso dejarse aventajar por los extranjeros en el conocimiento de su propio idioma? Ya lo es bastante la circunstancia que en cualquier país culto un libro, un diario o hasta una simple carta familiar o comercial que contenga una sola falta de ortografía debida a la ignorancia, basta y sobra para desacreditar al autor, mientras que aquí se pueden hacer en muchísimos libros o diarios que se publican entre nosotros una colección de faltas ortográficas de a puño, que apestan a evidente ignorancia, y los autores se dan todavía aires de grandes sabios. Un alemán o francés que solicitara por escrito algún puesto superior y cometiera en su carta una sola falta de ortografía, que no sea por descuido o error de pluma, sino de las categorías de las “hechar” o “expontáneo”, puede estar seguro de no ser favorecido; y aquí, ¿quién se fija en estas bagatelas? Se contestará, tal vez, que es mejor así, pero no es verdad, porque la puntualidad en el hablar y escribir lleva aparejada la puntualidad en otras cosas y la ignorancia no es un adorno, que digamos, en ningún terreno.

Paso al último a hablar de otra ventaja más que trae el conocimiento de las lenguas antiguas, principalmente para las personas dedicadas a los estudios y a las letras. Archisabido es que todos los términos técnicos, sin excepción ninguna, provienen del griego o del latín, a veces de los dos idiomas. Ahora pregunto si no os parece útil poder comprender lo que quieren decir en su forma original esos términos y saberlos escribir con ortografía correcta. Tomemos un ejemplo: un sabio alemán descubre un microbio que él, como conocedor del griego, bautiza con el nombre muy adecuado de “*spirochaeta*”. Llega el descubrimiento y su nombre a los países de habla española.

¡Pobres médicos argentinos, etc., cuántos dolores de cabeza os ha dado aquel término tan fácil para vuestros colegas europeos! Primero, ¿qué quiere decir esa palabra tan rara?, segundo, ¿cómo se pronuncia?, y tercero, ¿cómo se escribe en la lengua de Cervantes? ¿Será un “espirocheto” o “espiroqueto” o espiro qué se yo? Puedo aseguraros que después de 15 años, desde su invención esta cuestión de la ortografía castellana del dichoso término no está todavía resuelta para muchos médicos de los 80 millones de personas de habla española. Y esto mismo es el caso para la gran mayoría de los demás términos científicos.

Si esto sucede en cuanto a la traducción y ortografía de un término que han inventado otros, podrán imaginar los disparates que se les escapan a algunos sudamericanos cuando ellos mismos quieren crear un término nuevo o aun nada más que citar alguna frasecita en latín que tan bien sienta para dar brillo a un discurso o articulito de diario. Pues bien, si tuviera que transcribir aquí los monstruos ortográficos y gramaticales que se pueden coleccionar solamente de obras y publicaciones argentinas, se llenaría esta revista. Mencionaré únicamente dos para muestra: El conocido axioma fisiológico “*omne vivum ex ovo*” (todo ser viviente proviene de un huevo), se ha convertido en cierta publicación en “*omne vivum ex ovi*” (todo proviene de la oveja). Un sabio argentino de gran fama quiere crear un término para un antecesor del hombre que él considera como el primer ser con cara de hombre, e inventa la horrible palabra “antropops”. Aparte de la cacofonía que recuerda inmediatamente los congéneres ridículos de “antropaps, antropips y antropups”, aquel término encierra el disparate de querer decir literalmente “un ser que tiene la cara de la cara de hombre”. Porque generalmente se dan como etimología de la palabra “*ánthroopos*” las dos raíces *ánécér* (*ándrós*)” y “*oops* (*oopós*)”, lo que sería cara de varón. Si a ese término se le agrega un “*oops*” más, entonces no puede significar otra cosa que el nonsens cacofónico mencionado, que se podrá evitar fácilmente con un poco de conocimiento del griego. Hubiera cuadrado mejor, p. e., “antropoisos” (de “*isos*”, igual), o “autropodigma” (de “*deigma*”, ejemplo), etc.

Terminaré esta colaboración con una hipótesis filológica que

viene muy bien al caso. La recién mencionada etimología adolece de los conocidos achaques de la antigua lingüística: es muy plausible a primera vista, y bien mirada resulta una estupidez, como aquel "lucus a non lucendo" (la palabra *lucus*, un bosquecillo sombreado, provendría de "non lucere"; porque allí no hay luz, sin pensar que en la etimología falta lo principal, la negación). A esta clase de etimología estúpida las llamaban "per antonomasiam". Tenemos un ejemplo de este infantilismo filológico, de origen muy reciente y aristocrático, nada menos que de Schopenhauer. Este filósofo da como etimología de la palabra castellana *aceite* el latín "acetum" (vinagre) alegando también el nonsens de la antonomasia, lo cual quiere decir que un concepto u objeto recibe su denominación por una calidad directamente opuesta a su esencia, como en este caso donde la esencia del aceite es lo contrario del vinagre!!

La etimología usual de "*anthroopos*" no me parece estar muy lejos de esta categoría. Muy poco esfuerzo intelectual se necesita para imaginar que los primeros hombres que nos han dejado la inapreciable herencia de un lenguaje natural y lógico, al buscar una palabra para designar el ser humano en general sin distinción de sexo, difícilmente pueden haber caído en lo absurdo de componer para ello las dos raíces "*anéér*" (varón) y "*oops*" (cara). ¿Qué otras etimologías conviene buscar entonces para la palabra "*ánthroopos*"? Recordando algunos pasajes de los antiguos autores respecto a la característica del género humano, la indagación nos resultaría sumamente fácil. Con muy buen sentido común el hombre primitivo de la raza helénica dió con el mejor distintivo del género humano frente a los demás animales: consiste este en su mirada y cara dirigidas hacia adelante y arriba. Conocidas son las palabras de Ovidio en el pasaje de las metamorfosis relativo a la creación del hombre:

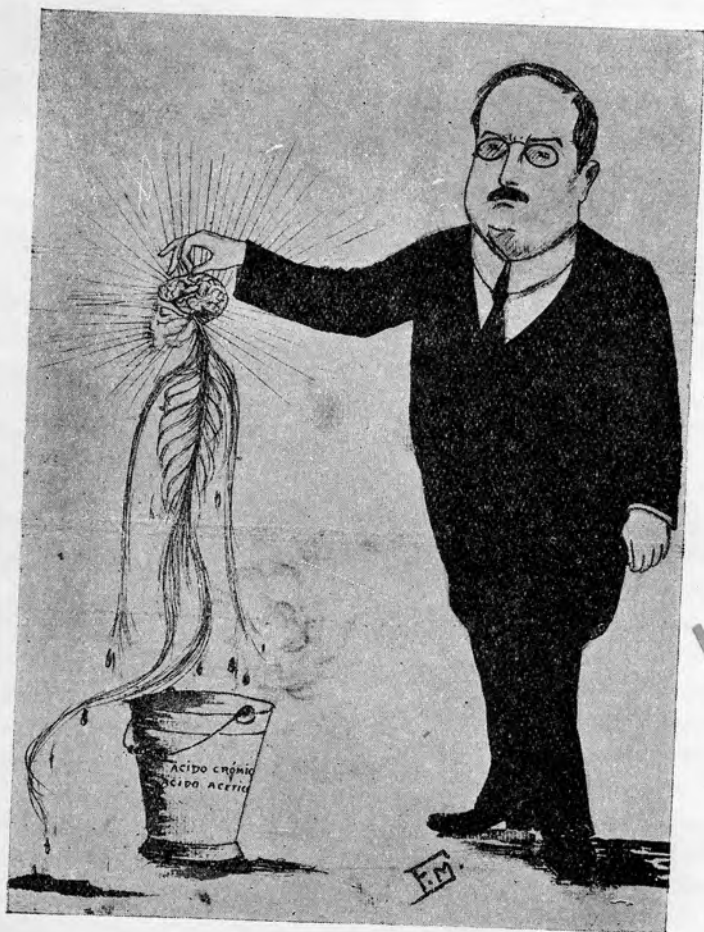
Pronaque eum spectent animalie caetera terrae
Os homini sublime dedit coelumque tueri jussit.

¿Qué mejor indicación se nos podrá dar para encontrar la derivación de la palabra "*ánthroopos*"? Fíjense bien en la *th*, ¿de dónde provendría, si la raíz fuera "*ANDP*"? Eso aparte

del increíble fondo de lógica disparatada que habría en la composición “cara de varón” para decir ser humano en general. Pero totalmente otra cosa es cuando nos atenemos a la definición recién mencionada y dirigimos nuestras averiguaciones hacia ese lado. Entonces se nos presenta sin violencia ninguna del buen sentido y de las leyes de la evolución lingüística, la única etimología razonable “*orthós*” (derecho, recto, erecto), y “*óps*” u “*oops*” (mirada o cara, respectivamente). La transformación ulterior de “*orthós*” (en sanscrito “*urdhvá*”) en “*anthr*” no es nada extraño y tiene muchas analogías en la formación del idioma griego.

Doctor Teófilo Wechsler.

GALERÍA DE PROFESORES



DR. HORACIO G. PIÑERO